carme y me dijo: «¿Sabeis lo que ha pasado, general? el pobre Vecchi ha muerto.» La noticia me causó un profundo sentimiento; yo era la causa de aquella desgracia, y no podia menos de acusarme de ella, pero media hora despues, tuve la inmensa satisfaccion de ver á mi amigo Vecchi, que venia á buscarme.

—«¡Oh! ¡loado sea Dios! esclamé al divisarle, creí que habiais muerto.

—«No, repuso Vecchi, estaba solo enterrado.

—«¿Qué quereis decir? le pregunté yo.

«Entonces me dijo que una bala habia abierto un saco de arena, cuyo contenido cayo sobre él, juntamente con otros gaviones que le dejaron literalmente enterrado, y asi mismo me refirió otro incidente que no dejó de conmoverme. La misma bala que habia enterrado á Vecchi, fué á estrellarse contra una pared, y al rebotar, hirió mortalmente á un jóven soldado. Puesto en una camilla, cruzó los brazos sobre el pecho, y levantando los ojos al cielo, exhaló el último suspiro, mas al ser conducido á la ambulancia, un oficial se arrojó sobre el cadáver, cubriéndolo de besos; el oficial era el teniente Parzio; el supuesto soldado era su esposa, Colomba Antonieta, que se habia batido á su lado el dia 3 de Junio.

«Esto me hizo recordar á mi querida Anita, tan valerosa tambien en el combate, y á quien, muy contra su voluntad, habia dejado en Rieti, con tanto mas motivo cuanto que estaba en cinta.

«El 7 era la fiesta del Corpus y hubo una tregua por ámbas partes, y el 9, dispuse que se hiciera una salida para interrumpir los trabajos de los franceses, que habian avanzado hasta el segundo bastion de la izquierda. Al efecto, reuní los carabineros y un batallon del 9.° regimiento, pues los *bersaglieri* estaban de servicio en los bastiones, y el capitan Rosas, el mismo que el creerse herido de muerte en la Villa Corsini, pasó á mi lado diciéndome «general, ya está mi cuenta arreglada,» y que por fortuna no tenia sino una fuerte contusion, se empeñó en encargarse del mando de la cuarta compañía, destinada al segundo bastion. Al dia siguiente, observando Rosas que la guardia de las trincheras molestaba mucho con sus disparos, tomó una carabina, y como era escelente tirador, apuntó quince veces, é hizo morder el polvo á ocho ó nueve enemigos.

Su destreza llamó la atencion de algunos cazadores de África, los cuales, queriendo rivalizar con aquel valiente, le devolvieron bala por bala. La primera le atravesó el sombrero, pero Rosas se lo quitó entonces, y agitándolo en el aire, comenzó á gritar *¡Viva Italia!* precisamente en el momento en que una segunda bala le entró por la boca dejándole mortalmente herido. Despues de cuarenta y ocho horas de una penosa agonia, murió al fin el arrojado capitan Rosas.»

El 10 de Junio dispuso el general Roselli que Garibaldi hiciese una salida con la mitad del ejército, pero ocurrieron varios contratiempos y se apoderó de las tropas un pánico que no bastó para combatir toda la influencia de su gefe, de modo que no se obtuvo resultado alguno.

Tres dias despues comenzaron los franceses á bombardear furiosamente la ciudad sin cesar sino á cortos intérvalos; el cuartel general de Garibaldi era ya una posicion insostenible, y por lo tanto, trasladóse este el dia 20 con su Estado mayor al Palacio Corsini. Los enemigos continuaban en tanto sus trabajos de aproche con singular destreza y bravura.

El dia 21, los franceses llevaron á cabo una sorpresa mucho mas notable que la del dia 3, pero á juzgar por lo que dice Garibaldi y todos los hombres leales que con él estaban, aquello fué debido á una traicion. ¿En quién debian recaer las sospechas? Esto no era posible decirlo; el hecho es, que sin lucha y sin obstáculo alguno, los franceses se hicieron dueños de aquellos puntos cuya posicion les aseguraba la toma de la ciudad sin mucho trabajo, y entonces comenzaron á repicar las campanas, y todo el pueblo de Roma corrió á la defensa. Los generales Roselli y Avizani opinaban que se debia atacar al enemigo en masa, pero Garibaldi, que conocia mejor el arte de la guerra, declaró que un indisciplinado populacho no era suficiente para desalojar á los franceses, y que por el contrario, aquello era esponerle á una espantosa matanza. Al amanecer, reconoció Garibaldi que si bien podria apoderarse de la posicion, no seria posible conservarla, y sucederia lo mismo que en la Villa Corsini. En su consecuencia aconsejó que se abandonase á Roma, y se organizaran guer-

rillas con cuantos voluntarios se presentasen, única cosa que en su concepto podia ya hacerse.

Por entonces se supo el triunfo de los reaccionarios en Francia y la fuga de muchos amigos de Garibaldi á Inglaterra. Desde aquel momento, el general comprendió que no era posible salvar á Roma.

Sin embargo, resolvió vender cara la victoria al enemigo, si se acordaba defender la ciudad. En su consecuencia, mandó fortificar varios puntos, y dispuso asimismo que se levantáran baterias para establecer un fuego cruzado contra las obras avanzadas de los franceses, de tal modo que no les fuese posible conservarlas. Habiendo continuado el ataque, de nuevo favoreció la fortuna al intrepido caudillo; las nuevas baterias levantadas por el enemigo, fueron desmontadas por las de la plaza, y entonces Oudinot estrechó el sitio, no como el general que por el arte de la guerra y una fuerza superior, trata de apoderarse de una ciudad, sino como el hombre que se ensaña con un adversario débil.

La heróica resistencia que le opusieron los valerosos ciudadanos, en vez de causarle admiracion, resintió su orgullo, escitando en él deseos de venganza, y mientras los periódicos franceses publicaban los partes que remitia á su Gobierno, en los cuales se manifestaba que el general en gefe no se habia apoderado ya de la ciudad porque deseaba sobre todo evitar la destruccion de las iglesias y monumentos artísticos, Oudinot no perdonó nada, y muy lejos de esto, lanzó sobre la ciudad una lluvia de bombas incendiarias que causaron inmensos destrozos y la muerte de un gran número de habitantes. Entre la palabra de un hombre como Garibaldi y la del general Oudinot, la eleccion no es dudosa, y por lo tanto, reproducimos el testimonio del gefe romano, que dice así:

«El general francés dispuso que se lanzasen bombas arrojadizas á todos los barrios de la ciudad, principalmente por la noche, á fin de escitar el terror. Muchas cayeron en el barrio Trastiberiano, otras en el Capitolio, y algunas en el Quirinal, en la Plaza de España y en el Corso; una de las bombas fué á estrellarse contra el pequeño templo donde está el Hércules de Canova, pero afortunadamente, la cúpula era bastante fuerte para rechazarla; otra reventó en el Palacio Spada, destruyendo el famoso fresco de la Aurora, de Guido Reni, y por último, una tercera rompió una columna del precioso templo de la Fortuna, una obra maestra respetada por las edades. El Triunvirato ofreció un asilo á las familias cuyas casas habian sido destruidas.»

La conducta del pueblo romano durante aquellos dias de prueba, fué digna de sus antepasados: durante la noche, se veia á las madres correr de un punto á otro con sus hijos en brazos para resguardarse de los proyectiles, y aunque en las calles resonaban á cada instante los gritos y los lamentos, ninguno habló de rendirse. No faltaban algunos chuscos que al estrellarse una bala contra una casa esclamaban: «¡Hé ahí una bendicion del Papa!»

Merced al bien dirigido fuego de los romanos, consiguióse desmontar, una á una, las baterías francesas, pero aparecian otras como por encanto, provistas de artilleria muy superior, y el resultado fué quedar apagados al fin los fuegos de los defensores de la plaza, bajo un *huracan de hierro*, usando la frase del general Garibaldi.

Los puntos mas importantes que conservaban los romanos al mando de Medici, eran el Casino y Vascello, y fueron defendidos con una obstinacion digna de mejor suerte. Todos los artilleros habian muerto, de modo que la infantería hubo de reemplazarles; bajo aquel *fuego infernal* perecieron miles de personas, incluso mujeres niños y ancianos, y hasta los hombres que componian la reserva estaban heridos.

El dia 29 habian terminado ya los franceses todos sus preparativos para lanzarse al asalto, pero como preliminar, comenzaron á bombardear de nuevo. Llegada la noche, estalló una tempestad, y así es que los truenos del cielo se unieron con los de los hombres para descargar su cólera sobre Roma; el vívido fulgor de los relámpagos se reflejaba á cada momento en el campo de batalla, y como era la fiesta de San Pedro, iluminóse brillantemente, segun costumbre, toda la ciudad, apesar de la mortífera lucha empeñada entre los combatientes. Hé aquí ahora en qué términos refiere Garibaldi los hechos ocurridos entonces:

«El que durante aquella noche fatal hubiese fijado sus miradas en la ciudad eterna, habria podido contemplar uno de esos espectáculos que solo se ven una vez en el trascurso de las edades. En primer tér-

mino, divisábase un estenso valle, donde se elevaban numerosas iglesias y palacios, cortado por la corriente del Tiber; á la izquierda de una colina, el Capitolio, sobre cuya torre ondeaba, agitada por el viento, la bandera de la República; á la derecha, el oscuro perfil de Monte Mario, donde por el contrario flotaban las banderas reunidas de los franceses y del Papa; en el fondo, la cúpula de Miguel Angel, destacandose entre las sombras de la noche, aunque coronada de luz, y por último, como para formar el marco de aquel cuadro gigantesco, toda la línea de San Pancracio, iluminada por el fuego incesante de los combatientes.

«Y despues, al lado de todo esto, una cosa mas grande que todos los objetos materiales; la lucha del bien y del mal, los principios del Señor y los principios de Satan, de Arimanes y de Oramanes; la lucha de la soberanía del pueblo contra el derecho divino, la libertad contra el despotismo, la religion de Cristo contra la religion de los Papas.»

A media noche, presentó la escena un estraño contraste: el cielo estaba puro y sereno; el bombardeo habia cesado; en los puntos donde antes se oia el estruendo de las armas, reinaba un silencio de muerte, y era esto que los franceses se estaban preparando para el gran asalto. A las dos de la madrugada habian tomado ya todas sus disposiciones; disparáronse los cañonazos prefijados para dar la señal, y todos corrieron á las armas.

La puerta de San Pancracio era el punto de defensa mas importante, y á él se dirigió presuroso Garibaldi: su aspecto era el de un hombre que marcha al encuentro de la muerte, y la buscó en efecto, pues no ignoraba que la victória era imposible. Los franceses retrocedian ante él, pero otros ocupaban sus puestos, y los batallones se iban sucediendo de tal modo, que cada vez era mayor el número de enemigos. Vecchia, que vió entonces á Garibaldi, decia luego:

«Garibaldi apareció aquella noche á mis ojos mas grande y sublime que en ninguna otra ocasion; su espada, semejante al rayo, heria de muerte á cuantos tocaba; la sangre de un adversario servia para lavar la de otro; hubiérase dicho que era Leonidas en las Termópilas,

Sitio de Roma, por las tropas francesas.

Fermio en la batalla de Gavinova; yo temblé al pensar que podia desaparecer de un momento á otro, pero no; permaneció firme é inexorable como el destino!»

No tuvo la misma suerte su fiel y valeroso negro Agayur, que le habia acompañado desde América, pues en el momento de llevar un caballo de refresco á su amo, una bala le tendió sin vida. Esta desgracia causó una profunda tristeza al héroe, para quien eran queridos todos aquellos que se distinguian por su bravura y su lealtad, sin distincion de clases.

La Asamblea, que estaba en aquellos momentos en sesion, envió á buscar á Garibaldi, y al entrar este en la Cámara, levantáronse los diputados, prorumpiendo en entusiastas aclamaciones. El aspecto de aquel hombre, bastó para que se olvidase todo por un momento; su rostro estaba cubierto de la sangre de sus enemigos; su uniforme, hecho pedazos, revelaba el arrojo con que se habia batido, y todo en su persona escitaba tal admiracion, que los diputados gritaron á una voz: ¡á la tribuna! ¡á la tribuna!

Garibaldi accedió gustoso, y para contestar á las preguntas que se le hacian, dirigió á los diputados el siguiente discurso:

«Toda defensa es imposible, á menos que se resuelva convertir á Roma en otra Zaragoza: el dia 9 de Febrero propuse la dictadura militar, único medio para poner en pié de guerra 100.000 hombres, los cuales se habrian encontrado seguramente, porque entonces no faltaban elementos para ello, y si se me hubiera atendido, el águila romana estenderia aun sus alas sobre las torres del Capitolio. Seguido de mis bravos, que saben morir y que han dado pruebas de su arrojo, yo hubiera cambiado la faz de Italia, pero ya no hay remedio; el mal está hecho. Contemplemos ahora con mirada serena la destruccion de aquello que ya no nos pertenece; llevémonos de la ciudad á todos los voluntarios que quieran seguirnos; donde estemos nosotros estará Roma; yo no me comprometo á nada, pero todo lo que nuestros hombres hagan, lo haré yo tambien; mientras nosotros vivamos no morirá nuestro país.»

El consejo de Garibaldi no fué seguido; la Asamblea acordó que cesára la defensa.

Los vencedores no se condujeron con nobleza y generosidad, y muy lejos de esto, insultaron á los moribundos, maltratando á los vivos sin consideracion alguna. Volvióse á restablecer el antiguo órden de cosas, y desde entonces gimió Roma en la esclavitud; Francia habia aniquilado la libertad en nombre de la religion.

CAPÍTULO XV.

Anita se reune con su esposo en Roma.—Garibaldi abandona la ciudad pàra hacer la guerra en las provincias.—Dispersion de su ejército.—Se embarca para Venecia.—Es perseguido por los austriacos.—Muerte de Anita.—Fuga de Garibaldi.

Durante la guerra de Lombardía, la esposa de Garibaldi habia permanecido en Niza con la madre de este y sus tres hijos, no solo porque estaba en cinta, sino porque su salud comenzaba á resentirse. Sin embargo, al tener conocimiento de las terribles aventuras de Garibaldi y de su fuga á Génova, dirigióse presurosa á dicha ciudad á fin de reunirse con él; desde allí marchó á Rieta, mientras él defendia á Roma, y últimamente, llegó á esta capital, donde sorprendió á su esposo.

«En la mañana del 14 de Mayo, si mal no recuerdo, dice Garibaldi, hallábame yo almorzando en la Villa Spada con Sacchi, Bueno y Coculli, y estaba por cierto algo pensativo, pues me habia visto en la precision de condenar á muerte á uno de nuestros oficiales, un napolitano que la noche anterior abandonó su puesto. Hablábamos, pues, sobre el hecho, cuando de pronto oimos pasos en el corredor, abrióse la puerta, y yo lancé un grito al ver entrar á mi querida Anita, acom-